

## PRÓLOGO

La distancia entre ser hombre o ser mujer es genéticamente breve. La diferencia entre ser de aquí o de otra parte es geográficamente menor. Que estos sean trece cuentos sobre mujeres inmigrantes, entonces, podría ser un dato mínimo. Y sin embargo no lo es, porque cada historia está poblada de recuerdos.

Conozco la historia de una mujer que nunca pisó otra tierra más que la suya, y sin embargo acabó siendo una inmigrante. Permítanme que este prólogo al libro de Jorge Soler sea también un pequeño cuento, aunque en este caso muy real. Déjenme explicarles con esta historia que no hace falta traspasar océanos ni recorrer continentes para ser de otro lugar.

No hace muchos años, en 2008, se hizo más o menos conocida en la prensa la peculiar vida de Sakhan Dosova, la mujer más vieja del mundo. Su existencia fue extraña y poética: no figuraba en los libros Guinness de los record, ni aparecía en los noticieros, ni la mencionaba la Wikipedia.

Sakhan Dosova era una vieja cualquiera de un pueblo perdido en Asia. Ningún vecino le preguntaba la edad, y ella no alardeaba de centenaria. Había nacido y vivido en el mismo pueblo desde el 27 de marzo de 1879. Nació el mismo año que Edison inventó la electricidad. Diez años antes que Hitler. ¡Qué cantidad

de años tenía esa mujer! Cuando la encontraron, con ciento treinta primaveras, era el ser humano más viejo de este mundo.

¿Cómo la descubrieron? Esta es la parte de la historia que me gusta. En 2008, los muchachos del censo se aparecieron por un pueblito minúsculo llamado Karaganda (al norte de Kazajstán) y empezaron a pedir documentación a los vecinos. Cuando llegaron a la casa de Sakhan Dosova no dieron crédito a la cifra en el DNI de la vieja. Se fueron a la capital para contrastar datos y descubrieron que la mujer había sido censada (por primera y única vez) en 1926. Ya entonces tenía cuarenta y siete años. Esto, entre muchas otras cuestiones, revelaba un hecho inusual: Sakhan Dosova era dieciséis años más vieja que la persona más longeva conocida hasta entonces.

Como es obvio, lo supo la prensa. A nosotros, los mortales simples, los de dos cifras al final de la vida, nos encantan estas historias de existencias largas, de gente que vivió en tres siglos diferentes; nos excita ver las fotos, nos apasionan esas preguntas de los periodistas, del tipo “cuál es el secreto, abuela”.

Sakhan Dosova tuvo mucha pequeña fama hace unos años. Mucha entrevista radial, muchos flashes. No era, digamos, muy pródiga en palabras: “No tengo ningún secreto especial”, le dijo a un micrófono. “Nunca tomé pastillas y, si estuve enferma, usé los remedios de mi abuela. Nunca comí caramelos, no me gustan. Me gusta la ricota y el choclo.”

La gente la empezó a conocer, y también sintió curiosidad por ella el gobierno de Kazajstán. Por supuesto, los funcionarios querían aparecer en la foto junto a la vieja. ¿Para qué se meten los políticos en

estos berenjenales? Nadie lo sabe. El asunto es que el Primer Ministro Karim Masimov, en nombre del pueblo todo, le regaló a la anciana una casa nueva.

¡Ah, una casa nueva! Allí fue a parar Sakhan Dosova: a una casa nueva y desconocida. Ella había vivido ciento treinta años con los mismos muebles, en el mismo baño... Ni bien llegó a su flamante morada la anciana se fue a duchar, resbaló en la bañera y se mató.

Adiós, Sakhan. Todo fue natural y anónimo en tu vida. Todo, hasta que te cambiaron de sitio.

Esta mujer fue inmigrante durante dos días, después de ciento treinta años de vivir en el mismo sitio. Dos días solamente fuera de casa.

Imagínense entonces la suerte dispar de las trece mujeres que componen estos relatos, que han llevado años enteros sin sentir el arrullo de la tierra propia.

Las historias de Yevgeniya, de la vieja Xiu Liu y de la férrea colombiana presa; el sorprendente relato de la mujer que llevaba un *burka* por nostalgia; o el de Esperanza, que se prostituye casi sin querer; o la simpática Fidelina, o Rawiyah, que sabía contar cuentos, pero que no previó el final del suyo; o la tierna Abigail, que se preocupa por su vida disipada. Y también las vidas de Adwoa, que vive en España pero mantiene una horrible tradición; o la de Miguela, que llega a donde quizá ninguna otra; o la sojuzgada Minka, que logra redimirse; o la vida increíble de Sara, perseverancia pura. O el regreso a Huang, ya profesora, que recuerda un recuerdo de otro relato.

No sé si será por la cercanía de los lugares lejanos, y de las mujeres fuertes, pero todos los cuentos que siguen —trazados con magia y sencillez de orfebre— me

recordaron la historia de la vieja Sakhan Dosova, a la que le costó tanto cambiar de casa.

Quizás porque la fragilidad femenina, junto a la fragilidad del destierro, no produce una suma sino una multiplicación: y una vida es todas las vidas, cuando se está lejos.

Hernán CASCIARI

20 de septiembre de 2013

## HAY QUE ELEGIR

*El fracaso fortifica a los fuertes.*

Antoine de SAINT-EXUPÉRY

Hay personas que al enfrentarse a problemas vitales les cuesta tomar las decisiones acertadas. Cuando deben elegir entre dos caminos con direcciones muy distintas, tras muchas dudas, acaban escogiendo la opción que menos les conviene y más daño les hace. Se benefician así de la oportunidad de pasarse toda una vida arrepentidas de sus elecciones.

Yevgeniya caminaba veloz por la acera izquierda de Chemigovskly Pereulok. Acababa de terminar el turno y se dirigía a su casa para cambiarse de ropa. La forma más rápida de llegar era atravesar aquella calle estrecha de edificios grises, para girar a la derecha y poder ir por la Pyatnitskaya hasta llegar al metro en Novokuznetskaya. El trayecto no era muy largo, pero le costaba mantener el equilibrio con aquellos tacones. Era hermosa, de tez blanca discretamente maquillada y de sedosa melena rubia natural. Tenía apenas cuarenta años y nunca había salido de Moscú. Los últimos tres años los había sufrido en la más arrastrada tristeza porque Yuri, su marido, la había cambiado por el vodka. Él —antaño funcionario, trabajador fiel al Estado; ahora sin empleo tras la caída del comunismo— se gastaba el pequeño subsidio en largos ratos ociosos en la taberna, en concurrencia de otros deleznable sursuncordas, compañeros que ahora ella aborrecía.

Sin embargo, en las últimas semanas, su deprimida vida había dado un giro gracias a su amiga Klavdiya, también repudiada por su esposo. Ella había sido valiente abandonando a su marido, no como Yevgeniya, que le había aguantado varios años hasta que se marchó con la alcohólica que le reía las gracias en aquel antro. Durante su matrimonio mantuvo la esperanza de conseguir sacarlo de la bebida, sin llegar a lograrlo jamás. Algunas temporadas parecía un hombre abstemio, y entonces la felicidad volvía a reinar en su hogar. Pero ante cualquier conflicto o problema, su marido siempre retomaba el hábito, con dosis cada vez superiores. Yevgeniya le quitaba la ropa, le sostenía la cabeza cuando vomitaba, le preparaba tisanas por la mañana para combatir la resaca... Luego, él se arrepentía y aseguraba que no lo haría más, y ella volvía a creerlo.

A veces pensaba que los enfados de Yuri no iban con ella, sino que eran por su mal carácter, forjado en una infancia complicada, de hambre y temores; aquellos que intentaba con paciencia hacerle olvidar y que él le recordaba al gritarle. Había sufrido mucho. Yevgeniya sabía que no era la culpable de su pasado pero, aún así, había aprendido que pidiéndole perdón y disculpas conseguía calmarle. Tampoco ella había tenido una vida fácil; desde niña había aprendido a tratar con gente que se mostraba fría, a pesar de que se entregaba con todo su cariño, hasta con los más ariscos.

Sus amigas le decían que tenía demasiada compasión por su marido, que no se la merecía y que debía enfrentarse a los problemas. Sin embargo, era incapaz de darse cuenta de que pensar en cualquiera de las formas posibles para arreglar su vida le hacía profundamente infeliz. Trataba de comprenderlo, de agradar-

lo... Hiciera lo que hiciera, Yuri se aburría. Dispuesta a todo, le preguntaba qué quería para complacerlo, pero a él había dejado de interesarle hace tiempo, ya no le apetecía su compañía.

—Si supiera qué es lo que hago mal... —suspiraba—. Es evidente que algo debo cambiar en mí. Haré lo que haga falta. Soy una persona con capacidad para esforzarme; toda mi vida lo he hecho. No entiendo por qué me ocurre a mí. Siempre intento portarme bien y, por más que me esfuerzo, luego todo me sale mal.

Yevgeniya tenía esperanzas en que, algún día, Yuri cambiaría y se daría cuenta de los errores que había ido cometiendo; pero eso nunca llegaba. Le aterraba pensar en que la abandonara. Hubiera hecho cualquier cosa por que volviera durante sus ausencias. Había aguantado mucho y le hubiera dado tiempo para que recapacitara, para que se diera cuenta de que lo quería, que lo amaba, que lo daba todo por él. Pensaba en que quizá se había equivocado intentando convertirlo en el hombre que ella creía que era, aquel que la había cortejado pidiéndole que lo cuidara. Se había esforzado por mantener su relación todos los días. Había criado a su hijo, y trabajaba para ganar dinero. Cuando él llegaba, se encontraba la comida hecha y la casa recogida. Si hacía falta descansaba poco para que él la pudiera ver, a su llegada, arreglada y con su mejor aspecto.

Así había soportado mucho tiempo, esperando que algún día él dejara de gastarse los ingresos en licores e intentando esconder los hábitos de su cónyuge ante los ojos de su hijo Viktor, que crecía temeroso por el ambiente que se respiraba en el hogar. En las interminables esperas, Yevgeniya se quedaba en casa, mirando a través de las ventanas y rogando para que su marido

llegara sobrio, algo que casi nunca sucedía. Al final llegó a desear lo peor para él, pero se sentía cobarde para tomar ninguna decisión, bajo la prudencia de que hacerlo podría repercutir en la salud de su pequeño. Finalmente, fue Yuri quien decidió un día no regresar a casa nunca más. Para su sorpresa, su hijo no hizo preguntas al respecto.

Cuando se quedó sola se encontró fatal. No solo su ánimo empeoró, sino que empezó a dormir mal, a sentir dolores en el pecho y le costaba concentrarse. Echaba de menos tener un hombre cerca a quien cuidar. Se sentía bastante decepcionada, sobre todo porque coincidió que Viktor estaba en la adolescencia y empezaba a faltar muchas horas de casa. Dedicaba su tiempo libre a cocinar pasteles con la intención de que el hijo los comiera al volver; la mayoría los acababa regalando o tirando cuando se secaban.

Yevgeniya siguió su vida disimulando como si nada, aparentando que todo iba bien, trabajando durante el día y cuidando del hijo, que continuó sus estudios con normalidad, mientras pasaban las semanas y los meses. Su trabajo de oficinista era malo, apenas bien pagado, pero en aquellos momentos no había una alternativa mejor para sufragar los gastos de la vida. Cuando llegaba a casa, preparaba la comida y se ofrecía a ayudar a Viktor a hacer sus deberes, aunque él habitualmente no aceptaba.

Así transcurría su pena hasta el día en que su mejor amiga abandonó a su marido. Entonces empezaron a pasar mucho tiempo juntas. Indistintamente iban a casa de la una y de la otra. Las dos amigas se entendían y compartían sus inquietudes. Su vida había sido bastante aburrida y Klavdiya, que era la más resuelta de las dos,



decidió que había llegado el momento de cambiar. Se prometieron hacer algo activo para mejorar sus días. No podían seguir más tiempo encerradas en casa.

Por aquella época, había un local de moda que era muy frecuentado por trabajadores de las embajadas extranjeras. Animadas por un conocido, empezaron a visitarlo. Ya no tenían edad para sentir vergüenza, así que se contoneaban felices en la pista de baile como candidas adolescentes. No lo habían hecho en su momento y ahora se vengaban de las carencias del ayer. No bebían alcohol, aunque sujetaban con diligencia el vaso cuando se dejaban invitar por los hombres. Ninguna de las dos aceptaba nada más de ellos, aunque proposiciones nunca les faltaron. Ambas tenían el pacto verbal de marchar siempre como habían venido. Así, después de pasar un buen rato, las dos volvían riendo a sus casas, explicándose y reviviendo sosegadas las anécdotas de la sesión discotequera.

No obstante, aquel último sábado había sido distinto. Yevgeniya conoció a Ricardo, un español empleado de una empresa petrolera que estaba bailando con unos amigos, todos ellos con traje oscuro y corbata con nudo doble. Aquella noche pasó para ella de una forma muy rara. Ricardo farfullaba en un ruso muy forzado, y parecía que solo buscaba una conversación entretenida. Ella no hablaba español y su inglés era malo, pero aun así lograron explicarse sus vidas. Acabó la noche sin que él le pidiera nada a cambio, algo distinto a lo que ella estaba acostumbrada. Yevgeniya, al despedirse en la calle para marchar como era habitual con su amiga, se giró para decirle que se lo había pasado muy bien y le preguntó con descaro si lo volvería a ver. Él le respondió un *por supuesto* con su encantadora voz ronca y la invitó a cenar al día siguiente.

Ricardo era perro viejo en el arte de la pesca porque tenía perfectamente planificada cada palabra, y era un experto en saber qué decir para que sus presas no huyeran asustadas. Siempre vestía como un ejecutivo y no tenía problemas económicos. Era soltero, aficionado a las mujeres y apasionadamente viajero. Su vida laboral le había hecho conocer muchos países. Como hombre de mundo que era, tenía eso que llaman don de gentes. Entendía de política, hablaba de ciencias, de eventos culturales y, cuando hacía preguntas, esperaba a que ella dijera todo lo que quería sin interrumpirla. Para Yevgeniya eso resultaba fascinador. Cuando declamaba, parecía que había estado en todos los museos emblemáticos. Entendía sobre movimientos literarios y dominaba con eclecticismo las corrientes económicas. Ricardo había estado hacía poco contemplando cuadros de Gauguin y de Kandinsky en el Hermitage, y le habló fascinado del camino hacia la abstracción en la que se aprecian elementos figurativos inclinados que consiguen provocar sinestesia. Por cada color, un tono espiritual. Por cada combinación de colores, uno podía cerrar los ojos y oír una melodía distinta invitado por el pintor.

Yevgeniya recordaba con emoción el encuentro mientras esperaba que aquel vagón de metro la dejara en casa. Él pasaría a buscarla en treinta minutos, pero quería llegar con antelación para poder ducharse, cambiarse la blusa y ponerse un poco de aquel perfume para ocasiones especiales que todavía guardaba de un viejo regalo de cumpleaños, sin haber tenido motivo para usarlo hasta entonces. Quería darle una buena impresión, y no tenía muy claro cómo hacerlo. Hasta que su hijo se convirtió en un adolescente no se había planteado volver a conocer a alguien. Ahora, Viktor

había dejado los estudios y trabajaba en una fábrica. Los dos estaban muy unidos. Nunca había sido problemático, pero no le sentó nada bien enterarse de que su madre se iba de cena con un extranjero.

—¡Pero Viktor! ¿Quieres que me quede toda la vida aquí encerrada como una solterona? Algún día tú también te irás como lo hizo tu padre y creo que tengo derecho a rehacer mi vida. Siempre te he cuidado y nunca te ha faltado de nada. Sabes bien cómo tuve que trabajar para que no dejaras de estudiar cuando tu padre nos abandonó, pero ahora...

Su hijo, aun sabiendo que no podía echarle nada en cara, apretaba con furia los puños contra el sofá al ver cómo marchaba su madre, tan guapa y arreglada, para irse con otro hombre. Todo había sido tan rápido que no había tenido sosiego aún para digerir los cambios. Se había hecho mayor en poco tiempo.

Ricardo esperaba en el coche, con el motor encendido, disfrutando del cosquilleo que le producía la tensión de la nueva cita. Había reservado mesa en el restaurante Café Pushkin, que estaba en una clásica mansión del siglo XIX. Cuando llegaron, sonaba un piano tocado por una joven vestida de uniforme. Todo era delicioso en aquel lugar, hasta el aroma de la entrada. Parecía una buena elección para impresionar a una mujer por conquistar. Posiblemente no habría hecho falta elegir un sitio tan exquisito para lograrlo. Yevgeniya no había ido nunca a restaurantes caros. Su economía familiar jamás se lo había permitido. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había cenado fuera de casa, y sin embargo, una vez allí, no se sentía como una extraña. Los acompañaron hasta el segundo piso y, cuando el camarero les indicó su sitio,

ella esperó hasta que el hombre le retiró la silla para sentarse, dando a entender que era el camarero el que no estaba acostumbrado a tratar con rusas importantes; de algo le había servido haber visto tantas películas... Les aguardaba una mesa redonda, de roble macizo envejecido, alumbrada con unos candelabros dorados y velas verdes, a juego con el mantel. A su derecha había unos grandes telescopios antiguos que, aunque un poco deslustrados, ayudaban muy bien a transportarse a épocas remotas. El ambiente era recargado. A su espalda, una enorme librería de madera de caoba, barnizada con esmero y repleta de novelas rusas, algunas firmadas por los propios autores, señal de que aquel había sido un espacio de vieja gloria literaria.

Yevgeniya pidió la comida con gestos refinados y disfrutó de la cena con naturalidad, como si estuviera acostumbrada a tales exquisiteces. Justo mientras les servían el aperitivo, un cliente de avanzada edad, retirando de las baldas un ejemplar de Pasternak hizo un comentario literario al camarero que escuchaba sus palabras con suma atención. Seguramente interés tenía, pero más en la propina que esperaba recibir que en la crítica erudita que le regalaba el comensal.

Aquella noche, tras la cena y unas copas, Yevgeniya también conoció por primera vez el cercano hotel Grand Marriott, donde Ricardo se hospedaba.



Pasó el tiempo, y la aventura amorosa que al principio fue romántica y pasional desembocó a los pocos meses en una confesión de Ricardo: quería regresar a su tierra. El trabajo en Rusia se acababa para él y, aunque las